

El tren seguía su marcha retumbando, acelerándose y cuneando á veces, deteniéndose un minuto sólo en las estaciones, cuyo nombre cantaba la voz gutural y melancólica de los empleados. Después de cada parada volvía, como si hubiese descansado, y con mayores bríos, á manera de corcel que siente el acicate, á devorar el camino. La diferencia de temperatura del exterior al interior del coche, empañaba con un velo de tul gris la superficie del vidrio; y el viajero, cansado quizás de fundirlo con su hálito, se dedicó nuevamente á considerar á la dormida, y cediendo á involuntario sentimiento, que á él mismo le parecía ridículo, á medida que trascurrían las horas perezosas de la noche iba impacientándole más y más hasta casi sacarle de quicio la regalada placidez de aquel sueño insolente, y deseaba, á pesar suyo, que la viajera se despertara siquiera fuese tan sólo por oír algo que orientase su curiosidad. Quizá con tanta impaciencia andaba mezclada buena parte de envidia. ¿Qué apetecible y delicioso sueño; qué calma bienhechora! Era el sueño dormido de la mocedad, de la doncella cándida, de la conciencia serena, del temperamento rico y feliz, de la salud. Lejos de descomponerse, de adquirir ese hundimiento cadavérico, esa contracción de las comisuras labiales, esa especie de trastorno general que deja asomar al rostro, no cuidadoso ya de ajustar sus músculos á una expresión artificial, los roedores cuidados de la vigilia, brillaba en las facciones de Lucía la paz, que tanto cautiva y enamora en el semblante de los niños dormidos. Con todo, un punto suspiró quedito, estremeciéndose. El frío de la noche penetraba, aun cerrados los cristales, á través de las rendijas. Levantóse el viajero, y sin mirar que en la rejilla había un envoltorio de mantas, abrió su propio maletín y sacó un chal escocés, peludo, de finísima lana, que delicadamente extendió sobre los pies y muslos de la dormida. Volvióse ésta un poco sin despertar, y su cabeza quedó envuelta en sombra.

Fuera, los postes del telégrafo parecían una fila de espectros; los árboles sacudían su desmelegada cabeza, agitando ramas semejantes á brazos tendidos con desesperación pidiendo socorro; un caos de neblina, de tiempo en tiempo, aislada en el paisaje como monstruosa testa de granítica estirpe; todo confundido, vago, sin contornos, flotante y fugaz á imitación de los torbellinos de humo de la máquina, que envolvían al tren cuando envuelve á la presa el aliento de fuego de colérico dragón. Dentro del coche, silencio religioso; dijérase que era un recinto encantado. El viajero corrió el transparente azul cubriendo la lámpara; recostóse en una esquina cerrados los ojos, y estirando las piernas, las apoyó en el asiento fronterizo. Así corrieron estaciones y estaciones. Dormitaba él un poco, y después, asombrado del silencio y largo sopor de Lucía, levantábase, receloso de que la hubiese sobrecogido un síncope. Iba á otra, inclinándose, y otra vez tornaba á su rincón, habiendo apercibido el ritmo acompasado del pacífico respirar de la niña.

Difusa y pálida claridad comenzaba á tenderse sobre el paisaje. Ya se discernía la forma de montañas, árboles y chozas; la noche se retiraba barriendo las tembladoras estrellas, como una sultana que recoge su velo salpicado de arabescos argentinos. El estrecho segmento de círculo de la luna menguante se difuminaba y desvanecía en el cielo, que pasaba de oscuro á un matiz de azul opaco de porcelana. Glacial sensación corrió por las venas del viajero, que subió el cuello de su americana y llegó los pies instintivamente al calorífero, fíjalo aún, en cuyo seno de metal danzaba el agua, produciendo un sonido análogo al que se oye en la cala de los buques. De improviso se abrió bruscamente la puerta del departamento, y saltó dentro un hombre ceñudo, calada la gorra de dorado galón, en la mano una especie de tenacilla ó sacabocados de acero.

—¡Los billetes, señores! gritó en voz breve é imperiosa.

El viajero echó mano á su chaleco y entregó un trozo de cartón amarillo. —¡Falta uno! El billete de la señora. ¡Eh, señora! ¡señora! ¡El billete! Agitábase ya Lucía en su asiento, y echando abajo el chal escocés é incorporándose, se frotaba asombrada los ojos con los nudillos, á la manera de las criaturas soñolientas. Tenía revuelto y aplastado el pelo, y muy encendido el lado del rostro sobre que reposara; una trenza suelta le descendía por el hombro, y, desentrenzándose por la punta, ondeaba en tres mechenes. Arrugada la blanca enagua, se subordinaba bajo el vestido de paño; un lazo de un zapato se había desatado, flotando y cubriendo el empeine del pie. Lucía miraba en derredor con ojos vagos é inciertos; estaba seria y atónita.

—¡El billete, señora! ¡Su billete de vd.! seguía gritándole el empleado, con no muy afable tono.

—El billete... repitió ella. Y de nuevo tendió la vista en torno, sin lograr sacudir totalmente el estupor del sueño.

—Si señora, el billete, reiteró más desapaciblemente aún el empleado.

—¡Miranda... Miranda! exclamó Lucía por fin, enlazando sus dispersos recuerdos de la vispera.

Y registró con los ojos todo el departamento, estupefacta de no ver á Miranda allí.

—El Sr. de Miranda tendrá mi billete, dijo dirigiéndose al empleado, como si éste hubiese de conocer forzosamente á Miranda.

El empleado, desorientado, se volvió hacia el viajero tendida la diestra.

—No me llamo Miranda, murmuró éste.

Y como viese al empleado furioso, dispuesto á interpelar á Lucía con grosero ademán, añadió: —

—¿Venía alguien con vd., señora?

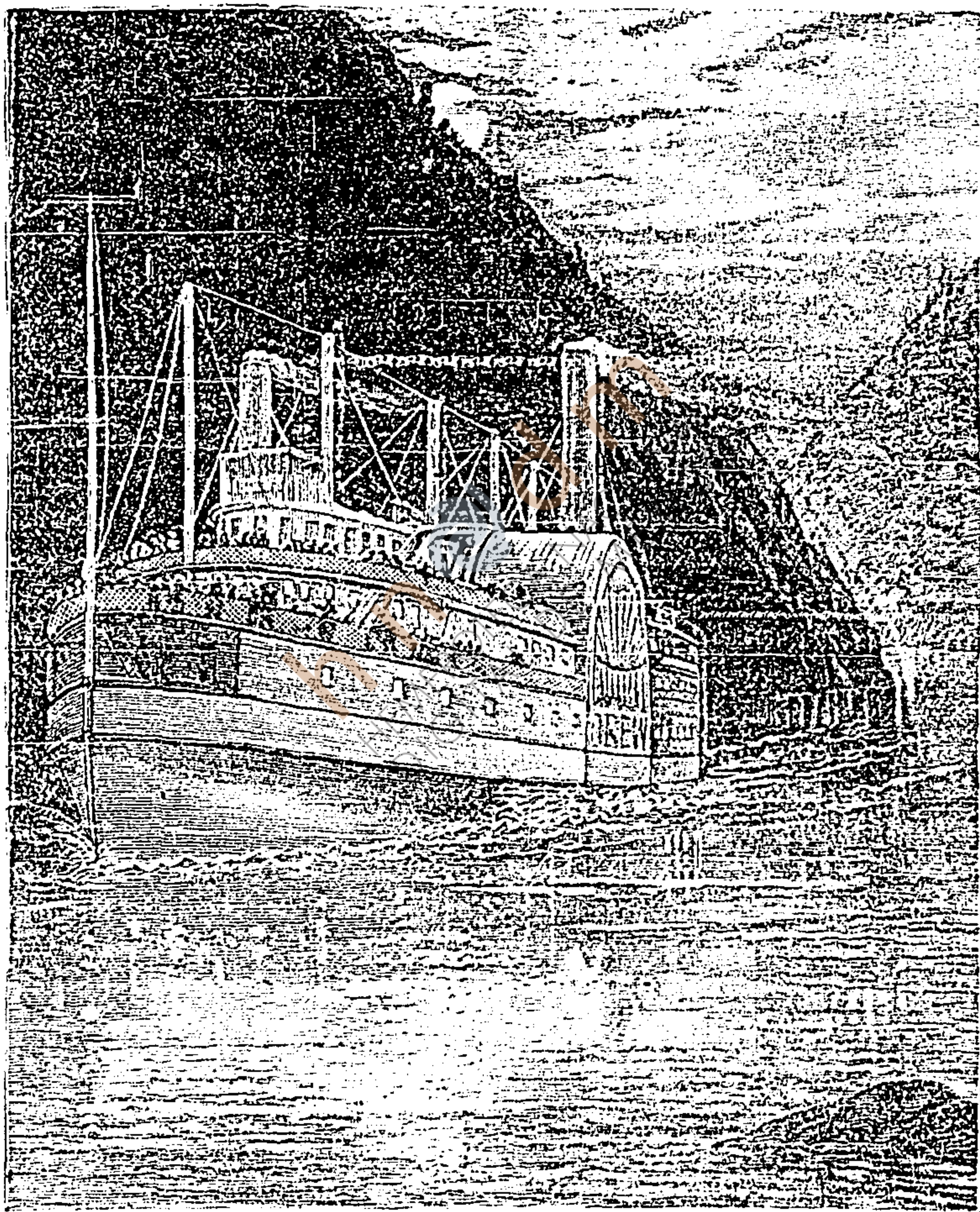
—Sí, señor... contestóle Lucía atribulada ya. Pues claro está que venía, venía D. Aurelio Miranda, mi marido... y al decirlo, sonrióse involuntariamente, de la nueva y peregrina que se le figuraba tal expresión en su boca.

Muy tibia parece para casada, pensó el viajero; pero recordando el anillo que le había visto lucir en el momento, añadió en alta voz:

—¿De dónde venían vds.?

—De León. ¿Pero qué, no está? ¡Ángen Santa! Caballero, dígame vd., permítame...

Y olvidando que el tren andaba, iba á abrir la portezuela rápidamente, cuando el empleado la detuvo asistiendo del brazo con vigor.



Vapor de río en los Estados Unidos

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Cristina de Suecia.—Léase el artículo de la página 62.

Escenas de Carnaval.—Las fiestas de Carnaval se remontan á tiempos prehistóricos. En todas épocas ha habido gentes de buen humor que se han divertido, dando rienda á la mayor expansión á través de una careta.

El autor del cuadro que presentamos, ha querido dar una idea de las máscaras que allueyan los días de carnaval al Prado de Madrid ó á la Rambla de Barcelona.

Vapor de río en los Estados Unidos.—En la América del Norte todo es grandioso, por eso el vapor que presentamos en nuestro dibujo parece ser construido para viajes importantes y no para una corta y sencilla travesía.